

## EL SINDICALISMO COMO INTERMEDIARIO DEL CONFLICTO ENTRE LA SOCIEDAD CIVIL Y LA SOCIEDAD POLITICA

1. La inestabilidad es la característica peculiar de las sociedades humanas. La historia constituye, en efecto, el relato «razonado» de este proceso discontinuo mediante el cual el individuo mantiene su papel dominante en la realidad aun cuando todo haría pensar en una decadencia del mismo. La historia civil del hombre atestigua las conquistas logradas en una perspectiva *a posteriori* y la idea de un progreso continuo que la alienta es una categoría metahistórica que tiende a dar una impronta al comportamiento de las generaciones que, a su vez, padecen las consecuencias de ese comportamiento en medida más o menos importante. La sociedad civil se venga de los condicionamientos que ella misma se impone a fin de lograr un intento político, discutiendo acerca de las tareas que corresponden a los individuos y los grupos movilizados.

El desarrollo de la sociedad civil coincide, bajo el perfil práctico, es decir, del trabajo organizado, con el aumento y el perfeccionamiento de los instrumentos técnicos capaces de actuarlo. La sociedad tecnológica ha aliviado al individuo de la responsabilidad deliberativa en función dialéctica asignándole una facultad decisional en sentido unilateral que a menudo puede hasta contrastar con las decisiones de las autoridades políticas. Como *homo politicus*, el hombre ha querido disfrutar de un marco más ancho, más organizado y completo que el marco social en que se halla insertado. Por esta razón él suele obrar sectorialmente, a menudo fuera del ámbito institucional en el que halla su legitimidad y con el cual piensa identificarse.

La parcelación del trabajo y una hábil propaganda de los centros del poder económico han desquiciado las estructuras formales, los entes intermediarios en que se expresaba tradicionalmente el asenso y se manifestaba la movilidad social. A medida que se difundían las costumbres y los consumos debido a la multiplicación de los instrumentos de producción, la vida social se ha estandarizado y unificado por sectores a pesar de las dimensiones geográficas y de las tradiciones históricas de cada país. Los grupos movilizados se identi-

fican en una «filosofía» más bien que en una «economía», en un internacionalismo sobreestructural que favorece las conquistas categoriales que son el alarde de todas las asociaciones de trabajadores.

Muchas veces lo que determina el momento y la técnica de la acción reivindicatoria son los grandes recodos políticos internacionales, sobre los cuales influyen las decisiones tomadas por las grandes potencias según los sistemas que ellas controlan (capitalista o comunista). Lo que contribuye, por supuesto, a desacreditar las políticas nacionales, por lo menos las que dependen en medida considerable de la ayuda de las grandes potencias.

La actividad decisoria, a nivel nacional, puede alcanzar, es verdad, una cierta autonomía, pero no puede perturbar el sistema internacional y tanto menos mudar las relaciones de poder que se constituyen entre los llamados tutores del orden, sin atentar a su integridad.

El mundo del trabajo se ha asignado un papel que es diferente hoy día de los que tenía en los Estados burgueses tradicionales. Su actividad abraza todos los sectores (desde el empleo privado hasta la administración pública) en que las instituciones comprueban históricamente su validez.

La creación de las centrales sindicales satisface las exigencias del ciudadano, que necesita garantizarse continuamente contra el poder político, a cuyo nacimiento él mismo ha contribuido mediante el sufragio, es decir con ese instrumento de mediación que, a su vez, necesita de otro instrumento de mediación: los partidos políticos. El individuo quiere hallar en el Sindicato un centro decisional más idóneo a su empeño y a sus recursos, más cercano y respondiente a sus modelos de comportamiento y a sus maneras de expresarse; un contexto homogéneo donde él pueda comparar su visión personal de las cosas con la de los demás, sin por esto renunciar a la posibilidad de cambiar algo, debido a que el conjunto es, dentro de algunos límites, mudable y bajo ciertos aspectos constante. El Sindicato traslada en términos de interés esas visiones globales que el hombre político, sometido a las presiones clientelares, no logra alcanzar.

El moderno Sindicato rechaza cualquier intento de prevaricación por parte del mundo político, pero no tiene recelo de penetrar en áreas tradicionalmente reservadas a la autoridad pública. El carácter decisional de que se ha hecho cargo el Sindicato en el plan político es la consecuencia del empeoramiento del cuadro internacional dominado por el maniqueísmo de los «paralelismos contrapuestos», de los «amigos-enemigos» que intentan repartirse la hegemonía del mundo antes de decidir si y con cuales recursos enfrentarse con el conflicto supremo.

Las crisis económicas reflejan las decisiones políticas sobre las cuales el trabajador no logra influir y tampoco prever. La discordancia entre la etapa

social y la etapa política, tiene como consecuencia echar la culpa sobre el mundo del trabajo que dispone de pocos elementos de previsión y se sirve de ellos según una lógica «diferente» de la de los centros decisionales internacionales. La politización del Sindicato debe entenderse, por lo tanto, como la presión ejercitada por el mundo del trabajo sobre el mundo institucional para que éste se conforme a las instancias y a las contingencias del momento histórico, olvidando que dichas contingencias son la obra de los mismos centros del poder que son objeto del disenso.

El sistema de participación se ha escindido: los individuos siguen viviendo condicionados por las tradiciones, es decir, por las creencias, la costumbre y la relación de dependencia y al mismo tiempo se unen en asociaciones para vencer dichos condicionamientos mediante la recusación del sistema. La defensa de los sueldos, del poder de adquisición de la moneda, del empleo, de las prestaciones sociales pertenecen todavía a esa área de defensa en la cual confluyen en apariencia todas las ideologías —las de la izquierda y las de la derecha—, limitándose el choque a algunas cuestiones de principio que prácticamente revelan una naturaleza eminentemente política. El intento del Sindicato de reemplazar el partido y de condicionar el Gobierno o el Parlamento es originado por el éxito que el mismo Sindicato ha logrado cada vez que se ha enfrentado con el mundo político, a menudo esclerótico y parasitario, resuelto a defender un poder formal, y mediante éste un poder sustancial, alentando las divisiones o fomentando acercamientos injuriosos (extremismos contrapuestos) entre corrientes de diferente origen y con perspectivas diametralmente opuestas.

2. La coerción agrava la heterogeneidad social. Los servicios públicos generalmente no funcionan; los individuos se vuelven en apariencia fatalistas; los entes reaccionan disfrutando las estructuras de organismos privados que intentan rivalizar con el Estado. Dicho intento, por supuesto, es posible solamente porque las Empresas privadas pueden sostener gastos que a los ciudadanos privados no les sería posible sostener. El área privada se enfrenta, por lo tanto, con el área pública en países en transformación como Italia donde al área pública le incumbe la tarea de «consentir» y a la privada de «aceptar» o de «reaccionar» en la manera que le es más congenial, es decir, defendiendo un interés que nada o muy poco tiene que ver con las perspectivas de desarrollo de toda la comunidad nacional.

La recusación del intelectual moderno de colocarse como unidad de medida de las elecciones políticas y morales de una comunidad social estriba en un conocimiento erróneo o aproximado de los recursos de la ciencia y de la técnica y de la influencia que éstas ejercitan sobre el hombre de la calle.

Pero no existe el hombre de la calle: es una invención burguesa. Cada uno de nosotros actúa en un sistema y por eso mismo es inducido a tomar y a aceptar unas cuantas decisiones. En realidad no puede sustraerse a las sugerencias, a las instancias, a las provocaciones del conjunto de la comunidad política y social.

Al contrario de lo que acontecía en las sociedades antiguas —donde la autoridad decisional podía asumir la forma colegial (asamblea de los hombres o de los ancianos) o la forma personal (el jefe) y donde la autoridad mágica y la civil podían ser separadas (el brujo y el jefe) o conjuntas en una misma persona— en la sociedad moderna el cambio del poder pone en discusión la organización misma con todos los peligros que una transformación lleva consigo.

Las crisis políticas modernas son el resultado del choque entre grupos representativos de intereses constituidos según una norma de necesidad y que están decididos a enfrentarse hasta cuando hayan logrado conseguir el ejercicio —más bien virtual que efectivo— del poder. La inestabilidad del poder es debida también a los personalismos originados por el ejercicio mismo del poder. Cada momento de la gestión pública o privada se caracteriza por el equilibrio —más o menos inestable— entre los que integran un conjunto constituido. La lucha, dentro de los partidos, que generalmente se concreta con la creación de las corrientes encabezadas por uno o más políticos, es la consecuencia de la gestión del poder. Pero este mismo poder que divide y lacera a nivel de corrientes, une a nivel de partido cuando se trata de enfrentar la competición y el juicio exterior. Y el enfrentamiento entre partidos políticos se realiza ya únicamente para asuntos de principio que tan sólo marginalmente se refieren a las respectivas concepciones constitutivas.

El descrédito del que padece hoy el poder es, sin embargo, la consecuencia del mal empleo que de él se ha hecho antes que el resultado de un proceso de revisión estructural del mismo; es el límite al cual ha llevado la corrupción, antes que el término alcanzado por el juicio crítico. La sociedad contemporánea ha elevado varias fórmulas alternativas para un empleo diferente del poder, pero las ha elaborado sin tener en cuenta que esa actitud presupone una continuidad en el proceso social, mientras que en realidad el proceso mismo adolece de los factores innovadores (los descubrimientos científicos y las aplicaciones tecnológicas) que transforman profundamente el mapa geopolítico del mundo (piénsese, por ejemplo, en el papel de que se han hecho cargo de repente los Estados árabes productores de petróleo): «Las relaciones entre grupos étnicos, entre etnoclases, clases, castas pasan con extrema facilidad de la complementariedad a la competición y a los antagonismos, y de los antagonismos a los conflictos. En este sentido, la lucha de clase, bien que sus

explosiones hayan sido repentinas y temporales, atormenta perpetuamente, en forma latente, la sociedad histórica. Los contrastes étnicos y los conflictos sociales se mezclan con los conflictos políticos, cada uno de ellos despertando y desencadenando a los demás. Ellos se concluyen algunas veces con la reorganización del poder, tal vez también con la organización social capaces de derribar las dominaciones, eliminar la explotación, sin que hayan logrado hasta ahora impedir que se constituyan nuevamente bajo otras formas» (1). Por esta razón hay dos manifestaciones contrapuestas de actores políticos: la de los que están integrados y que son dominados por una fe inquebrantable en las instituciones, que ellos consideran inmuebles y que en cierta manera aparecen como individuos inclinados hacia el parasitismo; y la de los contestatarios excluidos del sistema, que ellos desearían más dúctil y más permeable para insertarse en él sin tener que sufrir el trauma de la iniciación a la sumisión.

La protesta contemporánea halla una justificación en el rechazo incondicionado del sistema, pero su reacción a la inamovilidad del mismo es del tipo concesivo, corporativo y de asamblea. El fenómeno es más evidente, en su aspecto negativo, en la escuela y, en su aspecto positivo, en los así llamados órganos separados (como la magistratura o las fuerzas armadas) donde, sin embargo, se configura de manera muy particular. Mientras la escuela es un servicio primario en cuanto todos deben estudiar antes de ejercer funciones públicas o privadas, las estructuras sociales son secundarias respecto a un principio ordenador de las funciones que las ha preordenado. Debido a la prioridad que tiene la teórica respecto a la práctica, la escuela es considerada como el eje de todas las transformaciones sociales y es la escuela misma que elabora modelos alternativos de transformación sin por esto rehusar de elegir uno de ellos (por ejemplo, el modelo democrático) como el más conforme a las necesidades y a las aspiraciones de una comunidad nacional en un determinado período de la historia. La anomalía, la extraneidad, la diversidad nacen de la confrontación que la sociedad tiende a movilizar una vez que haya elegido, en su mayoría, un modelo de desarrollo y de identificación. La anomalía y lo diferente, desde luego, son entidades que hay que recobrar según un diseño político que no considera la dialéctica individual en términos de desviación, sino en términos de oposición. La oposición actúa al interior del sistema con el intento de transformarlo; la desviación suele contraponer un sistema a otro disfrutando deliberadamente del régimen de consentimiento del modelo que se contrapone al modelo autoritario.

En las circunstancias críticas son siempre los individuos los que obran para alcanzar un determinado objetivo sin tener en mucha cuenta los peligros que

---

(1) EDGAR MORIN: *Il paradigma perduto*, Bompiani, Milán, 1974, págs. 181-182.

implica el desafío directo del régimen. Por otra parte, el policentrismo ideológico es la garantía de una preparación más cuidadosa de esas unidades estratégicas que son los opositores movilizados de un régimen. El sindicalismo puede ser considerado como una estrategia de la identificación nacional en clave económica. De aquí la razón de por qué en la escuela, por ejemplo, donde más acentuado es el condicionalismo ideológico y ritual, el reivindicacionismo económico tropieza con obstáculos objetivos. El hombre de estudio puede en este caso separar sus intereses de trabajador de los de educador que no está en condición de predeterminar por cuenta de sus alumnos opciones que quizá resultaran inadecuadas el día en que ellos tendrán que obrar activamente. Ni tampoco se puede aceptar la idea de que el comportamiento del educador tenga una repercusión sobre el carácter de su actividad, de su tarea, porque en ese caso podríamos explicar los *lager* nazistas y demás aberraciones del mundo contemporáneo. Lo anómalo en la urdimbre social no perjudica el equilibrio del conjunto y una sociedad bien organizada está en condición de acoger en su seno a los que están aislados, los marginados, los excluidos que un tiempo las sociedades desterraban en los *ghettos*, fuera del consorcio civil para que éste no fuera contaminado.

3. El mundo contemporáneo está en condición de crear las condiciones culturales necesarias para que sus miembros reaccionen de una manera en lugar de otra. Bien que el mundo hoy, más que antes, viva bajo la pesadilla de un conflicto total, a pesar de eso estaría en la condición más favorable para organizar el futuro. No obstante, que la guerra haya siempre sido un fenómeno endémico de la sociedad —según Gaston Bouthoul— el proceso de desarrollo de la sociedad contemporánea jamás se ha interrumpido; al contrario, se ha fortalecido, gracias también a los condicionamientos «externos», como, por ejemplo, el peligro del aniquilamiento total.

El hombre dispone hoy de aparatos muy sofisticados para hacer previsiones objetivamente aceptables y para conformarse a ellas. El cálculo de las casualidades circunscribe el ámbito de los acontecimientos: se ha reducido la diferencia entre previsión y actuación. Pero la imprevisibilidad de los eventos ha sido reemplazada por la intensidad de los mismos: si bien las posibilidades de una guerra han sido reducidas, los instrumentos de que la guerra se sirve son mucho más perfeccionados. La tecnología moderna ha centralizado todos los acontecimientos. Cada conflicto nos compromete a todos directamente: de «tradicional» podría volverse «atómico» y exigir la participación de cada uno de nosotros porque todos tendríamos que sufrir las consecuencias.

La hipercomplejidad del mundo moderno ha dado origen a un sistema social que estriba en la intercomunicación y el policentrismo. El sistema necesi-

ta un alto nivel de participación individual enderezada a derribar las estructuras jerárquicas y la noción misma de dominio. Toda la ciencia del porvenir tiende a la eliminación de la noción de dominio: a su manera ella configura un tipo de perentoriedad categorial que reemplaza el antecedente, pero que sirve para responsabilizar en la forma y en las obras a todos los que están llamados por los eventos a participar en su destino. La sociedad contemporánea no ha logrado aún librarse de todos los condicionamientos económicos e institucionales que impiden la participación individual plena, pero está en condición de señalar —y de denunciar— todas las desviaciones funcionales de las estructuras de los sistemas cuya consecuencia es la de disminuir la conciencia de lo que se hace o de llevarla al conformismo.

Por lo tanto, hay que salvar la acción en una sociedad que privilegia la razón y quiere prever el futuro.

Que la acción ejercite una influencia determinante en el contencioso internacional del trabajo es evidente: la norma según la cual los conflictos se resuelvan con las armas se opone a la de preverlos y de impedirlos con otros recursos. El final de la segunda guerra mundial coincide con el fin de una colaboración sobre el plano sindical entre las mayores potencias: Washington, Moscú y Londres después de la constitución del Cominform (1947) ven aflojarse sus relaciones reemplazadas por un clima de sospecha y de emulación que contribuyen al derrumbamiento de la Federación sindical mundial (1949). En su lugar, y como medida estratégica contra la posible constitución de una Federación políticamente contrapuesta, se crea la Federación sindical libre (Londres, 1949) que reúne los representantes de los movimientos sindicales de Europa y de las Américas.

En dicho contexto se estructuran las asociaciones categoriales directamente vinculadas a un partido político. El atomismo sindical puede ser considerado, por lo tanto, como la respuesta del mundo del trabajo al maniqueísmo ideológico del mundo político en la década del 1950. Esa fragmentación, sin embargo, tiene un solo sentido, ya que la Confederación sindical de la izquierda es monolítica en su estructuración. En Italia, las asociaciones de trabajadores de tendencias políticas tradicionales se oponen, debido a su carácter reformista, a la Confederación de trabajadores de la izquierda, que persiguen un plan revolucionario. A pesar de esta opuesta tendencia en el interior del proceso asociativo, el carácter reivindicacionista a menudo no se justifica en un momento en el que el país se prepara a realizar un ambicioso programa de reconstrucción social. Bien que no sea posible analizar objetivamente la situación sin considerar las características peculiares de un país que se esfuerza afanosamente en asumir una configuración y una dignidad nacional, no se tienen en cuenta los condicionamientos de la historia. Ellos reaparecen cuan-

do la primera etapa del despegue económico se ha concluido y el país debe insertarse en las organizaciones comunitarias europeas, es decir, participar en condiciones de paridad a las decisiones que interesan el área agrícola y el área industrial.

La rápida evolución de las estructuras productivas, el flujo migratorio interno, la urbanización con menoscabo de la agricultura, abandonada a escasas fuerzas supervivientes, reflejan el impulso de una comunidad nacional que quiere apretar el paso hacia un proceso de industrialización rápido sin tener en cuenta los riesgos que éste lleva consigo. El proceso mismo exaspera las diferencias tradicionales entre el Norte y el Sur de Italia, y fomenta con la ayuda de una clase política vinculada a una cultura provincial un plan de nacionalizaciones de cuyos beneficios disfrutará casi exclusivamente la clase de los empleados.

La superficialidad que caracteriza el proceso de transformación de un país agrícola en uno industrial debe parcialmente ser imputada también al Sindicato, que cumple una tarea en cierta manera auxiliar respecto a las tareas primarias del partido político. Y entonces, cuando las estructuras sociales no aguantan más, cuando el triángulo industrial se convierte en un foco de rebelión, comienza un período de reflexión y de contestación del sistema. El Sindicato adquiere mayor credibilidad a medida que recobra su autonomía frente al partido cuya hegemonía decisional y cuya preparación histórico-política contesta. En el ámbito de las asociaciones de trabajadores la historia de Italia es considerada nuevamente a la luz de los resultados conseguidos con una política que carece de perspectivas, actuada por hombres que pertenecen al pasado y que representan una sociedad patriarcal y campesina, un *amor loci* y una realidad familiar y provincial.

El Sindicato, a su vez, a la par de todas las instituciones, es arrebatado por la furia innovadora de las nuevas generaciones. El Sindicato, luego que los vínculos con el mundo político se hayan interrumpido, puede sobrevivir sólo en cuanto se haga cargo de un papel integrativo, de expectación. Una vez que el Sindicato haya obtenido el sufragio que tradicionalmente correspondía a los partidos, elabora planes reivindicativos incluso en oposición con el programa de acción de los mismos. Esta separación, sobre un plan táctico e ideológico, ensancha las perspectivas del Sindicato y le impone una tarea que de ordinario no tiene y que puede cumplir sólo cuando sobreviene la esclerosis del sistema.

La actitud del Sindicato es hoy día una actitud reformista, si se exceptúan algunos grupos de la base que rehúsan la conexión entre trabajadores y mundo empresarial público o privado. Los Gobiernos de coalición pueden considerarse el resultado de esta propensión del Sindicato que se opone a

todas esas manifestaciones de reivindicación desordenadas donde se refleja un modelo de antiindustrialismo anárquico de tiempos pasados.

La fractura que se había abierto en la década del 1950, entre trabajadores y sus representantes se ha colmado en estos últimos años cuando el Sindicato ha rehusado el papel secundario que desempeñaba la urdimbre social y se propone siempre como interlocutor indispensable a cada Gobierno y a cada ente privado que se proponen realizar un programa de actividad: el Sindicato hoy expresa un juicio preventivo y general sobre cualquier perspectiva de desarrollo del país y se inclina a condicionar cada decisión política en términos preventivos y consultivos. Pero los debates que fomenta en su ámbito no responsabilizan a nadie. Es decir, que mientras de un lado el Sindicato somete a su examen cada acto del Gobierno, de los partidos y de los entes públicos y privados donde actúan sus asociados, por otro lado su actividad es objeto de un examen sectorial, es decir, por parte de sus órganos estatutarios de control que carecen de cualquier responsabilidad jurídica.

El debate sobre el federalismo (asociaciones de categoría) y el confederalismo (conjunto de asociaciones de categoría) se inserta en el debate más ancho de las instituciones del Estado democrático. La relación entre federalismo y confederalismo es la llave del sindicalismo autónomo que representa el momento dialéctico enfrente del Estado burgués tradicional, fiel a esas fórmulas asociativas que componían el fondo ideal del proceso constitutivo del país. El sindicalismo autónomo tiende a excluir de la política salarial toda forma de parcialidades, características del fenómeno del clientelismo del mundo político nacional. Las federaciones de categoría siguen administrando la política contractualista y de las reivindicaciones, mientras que a la confederación le incumbe la tarea de coordinar las varias actividades conforme a las directrices generales de la política del trabajo. En efecto, el Sindicato es un centro decisonal muy importante para el desarrollo económico y político de un país: fijando el sueldo y con ello el poder de adquisición del dinero el Sindicato fija las etapas de la producción y del consumo.

4. En su *Crítica de la filosofía del Derecho* Karl Marx dice que en la burocracia se concentra la «sustancia» del Estado, el cual se transforma en propiedad de una clase preocupada por representar el poder como algo anónimo e inexplicable. La tecnificación del Estado es un fenómeno estrechamente ligado a la burocratización del mismo. El impersonalismo flanquea el anonimado conservador que en la continuidad del aparato reconoce sus exigencias de *status*. La burocratización implica una fuerza dogmática que no puede ser discutida explícitamente sin provocar la crisis del sistema.

El «nexo» de fatalidad que enlaza las sociedades capitalistas y las comu-

nistas es precisamente el burocratismo, esa forma de managerismo impersonal que en nombre y por mandato de los demás (el ejército del anonimato) elabora fórmulas y programas de desarrollo, elige y actúa según criterios operativos que sobrepasan los órganos mismos del Gobierno.

La burocracia no se identifica con una clase determinada que tenga fisiónomía y finalidades precisas: es un híbrido interclasista —bajo algunos aspectos internacionalista— que está en condición de retardar y, por lo tanto, de alterar cualquier dibujo político elaborado legítimamente por una comunidad. Se identifica generalmente con el espíritu burgués tan sólo por su carácter de garantía. La mentalidad tecnocrática puede ser considerada como el resultado de un proceso que se ha encaminado desde presupuestos diferentes en el mundo occidental y en el mundo comunista, que se enfrentan según la lógica inexorable de la historia percibida por el marxismo. Pero la burocracia no actúa como un mecanismo de organización de los recursos, sino como una consecuencia de la «participación ausente» de las masas movilizadas por el proceso tecnológico; en este ámbito las masas no desarrollan una función claramente delineada, sino un papel fragmentario y sectorial que les ha sido impuesto por la inexorabilidad mecánica.

La tecnología y la burocracia son las responsables del proceso de alienación que sufre el trabajador. Este fenómeno de asimilación espontánea permite acercar regímenes políticos diferentes: los riesgos implícitos en la sociedad capitalista no se diferencian mucho de los que existen en el Estado propietario de los medios de producción. Entre el Estado socialista y el régimen de monopolio de los países capitalistas no existe, bajo este aspecto, una diversidad fundamental. Según Roger Garaudy (2), en la etapa del «comunismo de guerra» el Estado socialista desempeña al mismo tiempo una tarea revolucionaria y una tarea de gestión; en la etapa sucesiva empiezan los contrastes en cuanto la burocracia impide el proceso de adecuación de las clases obreras a las nociones científicas y técnicas necesarias para «gestionar» el cambio. Esta situación, perdurando en el tiempo, favorece un complejo de frustración y de alienación en virtud del cual las masas se quedan fatalmente fuera del área decisional y paradójicamente el fenómeno colectivo se desmenuza en una miríada de casos individuales. Un proceso más o menos igual se desarrolla en los países capitalistas, donde el fenómeno de la alienación, lejos de ser considerado como una deformación del sistema, es favorecido mediante todos los recursos de los cuales se sirve la obra de ponderación de las masas que hace hincapié sobre la conciencia nacional y la filosofía del consumo, en lugar de la intimidación y de los trabajos forzados. Ambos sistemas políticos,

---

(2) ROGER GARAUDY: *Reconquête de l'espoir*, Grasset, París, 1971, págs. 62 y sigs.

el capitalista y el comunista, son emparentados por la necesidad de sobrevivir, que sobrepasa la razón misma de su ser nacional; más bien la razón de su existencia se identifica con ese proselitismo ideológico que es la tarea constitucional de la burocracia. Pero tampoco esta tentativa tiene éxito porque la burocracia es ciega delante de cualquier situación de emergencia en la cual podrían hallarse esos pueblos que tan sólo parcialmente cooperan a la toma de decisiones en el ámbito de las «áreas de influencia» de la ideología comunista o de la ideología liberal. La burocracia ampara el proceso democrático dentro de los límites de tiempo necesarios para permitir a algunos grupos elevarse a un cierto nivel de conciencia política o de prosperidad económica, pero no asegura al proceso mismo la continuidad y la fuerza de cohesión necesarias para fortalecerlo contra los agentes externos.

El régimen de inestabilidad en que vive el mundo contemporáneo, bajo la amenaza de una destrucción total, le permite sobrevivir fuera de los esquemas bélicos. La carrera hacia los armamentos se balancea con la carrera hacia el desarme; la producción de bienes de consumo es siempre en daño de los bienes durables que presuponen una política de inversiones de los recursos intelectuales y materiales muy extensa. El impulso vital es considerado un elemento fundamental de la dialéctica ideológica: los dos grandes sistemas políticos se encuentran, discuten, se ponen de acuerdo. De este régimen de compromisos no sale una norma de comportamiento precisa capaz de suscitar la adhesión o el rechazo de las masas. Al individuo se le ha despojado de todos sus recursos intelectuales y, por lo tanto, él ha confluído en los grandes aglomerados donde los hombres tienen la ilusión de contribuir a la elección de un modelo de comportamiento, a un programa político. Esta simple confluencia de opiniones, faltando los medios adecuados para la expresión individual, coopera a fortalecer el sistema burocratizado que se asume la misión de dispensador de certezas aparentes en un clima de incertidumbre constitucional.

5. La burocracia inclina a dar vigencia a una concepción —la del mundo integral— que ya no aguanta al empuje del tiempo. De todos modos su integralismo no es de naturaleza ideológica. Como sistema de sobrevivencia de grupos siempre más anchos y diversificados de población movilizadas en un contexto social, la burocracia contribuye a alejar a los autores mismos de la movilización porque no es capaz de hacerse cargo (o de sugerir) un diseño político unitario. La burocracia, bien que ideológicamente viva en el estado larval, políticamente tiene un papel de importancia primaria porque se alía

de vez en vez con las *élites* decisionales. Muy a menudo el suceso de una revolución ha dependido en gran parte de la dimensión de la organización burocrática.

La burocracia quiere llegar a ser una «clase» moderna que se inspira para su comportamiento en el principio de la legalidad antes que en el de la legitimidad. Es sostenedora del dominio de la norma bien que su estructura, como diría Max Weber, es el resultado de un proceso de sedimentación, el resultado de un hecho concreto. La burocracia moderna no es tan sólo una clase, una costumbre, una manera de administrar y de transmitir el poder; es más que todo un estilo de vida, una elección calculada contra los peligros de la improvisación. La repartición sectorial del trabajo y de las competencias, mediante un sistema rígido de normas y de reglamentos asegura al Estado y a los entes un orden monocrático y centralizado que se irradia en círculos concéntricos hacia la periferia.

La burocracia falta a sus compromisos cuando pierde de vista el bien público. Aun cuando lucha para sobrevivir, está convencida de que es ella la que perpetúa el sistema y con él los derechos y las prerrogativas del individuo. Si no logra alcanzar estos objetivos y quedarse fiel a una norma de comportamiento, la burocracia decae al nivel de los subsistemas clientelares y parasitarios que sirven a los intereses privados y tal vez particulares. Como clase moderna tiene el deber de poner constantemente al día sus criterios de administración y responder a las exigencias de la sociedad tecnológica. El carácter social de la burocracia es del tipo asociativo, pero no conflictual. Su impersonalísimo le permite profesionalizar su función y proyectarla hacia el futuro. Weber, efectivamente, preveía para ella un feliz porvenir: en todo caso habría resultado insustituible. Dice Raymond Aron: «La necesidad de una organización racional para obtener una producción más barata subsistirá por más tiempo que la revolución que daría al Estado la propiedad de los medios de producción» (3).

El burocratismo no ha tenido solamente un papel negativo en la sociedad contemporánea. El se inserta entre la soberanía del Estado y las organizaciones intermedias, como el Sindicato. Aquel peligro del que hablaba Gaetano Mosca al principio de siglo, ha demostrado ser cierto incluso si no ha determinado las consecuencias desastrosas previstas en las teorías catastróficas del formulador de teoría de las clases. La contradicción que Mosca descubría en el Sindicato, el cual por un lado aspira a representar «poderes soberanos», mientras por otro lado obra contra ellos, no provoca necesariamente la disgre-

---

(3) RAYMOND ARON: *Les étapes de la pensée sociologique*, Gallimard, París, 1967, página 534.

gación social. Si bien el Sindicato extrae su fuerza de la representación de intereses, la minoría que gobierna no puede «distraerse» de los intereses representados. Esta minoría podría ser inducida a negociar con el Gobierno y con los partidos un pacto de acción independientemente de los intereses de los trabajadores asociados en el Sindicato. Pero el Sindicato, por mucho que algunos estudiosos se obstinen en encontrar afinidades entre sus estructuras internas y las del partido, tiene una «lógica» sólo parcialmente asimilable a una ideología política.

6. El Sindicato es la expresión de un complejo de intereses que se manifiesta «al vivo» en el área del trabajo. La representación de tales intereses aspira a traducirlos en ventajas prácticas para los trabajadores, entrando inmediatamente en relación con los interlocutores (Gobierno, Patronato), habilitados a desempeñar una función social. Los delegados sindicales están condicionados por un tipo de representación particular, del todo diversa de la del partido o Parlamento. En el partido la función representativa es el resultado de diversas componentes, que van desde la relación interindividual hasta los condicionamientos locales. En el Sindicato la representación prescinde de cualquier condicionamiento que no sea el del «puro» interés. Mientras el partido actúa como «máquina ideológica», el Sindicato está condicionado por una conexión con la «base». La legitimación del partido es el resultado de un debate dentro de un conjunto ideológicamente homogéneo, pero prácticamente diferenciado; la legitimidad sindical es el resultado de una constante correspondencia de la acción reivindicativa con los intereses verdaderos o supuestos de todo orden de individuos.

El sindicalismo recoge las aspiraciones de sector y las opone, o las confronta, con las generales del Gobierno o las de sector de signo opuesto del Patronato. Este proceso había determinado a Mosca a formular la teoría de la nueva soberanía sindical elaborada en perjuicio del Estado y de cualquier forma conexas o derivadas con aquella obra de «disgregación» que el feudalismo había puesto en práctica en el plano político e institucional. Para distinguir este «momento» del correspondiente de la Edad Media, el sociólogo italiano define la aparición del sindicalismo en la sociedad industrial como «feudalismo funcional». «Después de la muerte de Carlomagno hubo en la Europa occidental una época en la cual, por causas que por ahora no es preciso mencionar, el poder central se debilitó y se disolvió; y, por cuanto los hombres no pueden vivir sin un Gobierno, todos los que localmente desempeñaban una autoridad material o moral, los grandes propietarios, los obispos, los abades y después también las comunas, usurparon las atribuciones soberanas y dividieron el Estado en centenares de pequeños Estados. Así nació

aquel tipo de organización o, mejor dicho, de desorganización social, llamada comúnmente feudalismo. Y conviene agregar que el fenómeno no fue exclusivo de la Europa medieval, sino que en la Historia encontramos otros ejemplos. El fenómeno se ha verificado cada vez que se han debilitado o se han disuelto los nexos morales y, por tanto, también los políticos, que mantenían unida una gran sociedad humana» (4). El sindicalismo es, para Mosca, un movimiento «disgregador», si no en sus fines, sí en sus métodos de acción: un fenómeno que tiene un origen lejano y que ha sobrevivido gracias al régimen representativo.

Las minorías organizadas —sostenía Mosca— están destinadas a desempeñar un papel de primer plano en las sociedades industriales porque adquieren una importancia, una fuerza compacta electoral muy superior a su importancia numérica. Una importancia que se refleja negativamente no sólo en las mayorías desorganizadas, sino en todo el Estado, que es «virtualmente» expresión de tales mayorías. La «disminución» del Estado de la cual habla Mosca forma parte de una argumentación polémica que no encuentra ninguna referencia lógica en la concepción liberal de la cual el estudioso italiano se declaraba partidario. El Estado, expresión de la mayoría, es un Estado artificial cuando sus componentes no se han enfrentado en el mismo plano y con las mismas armas. El Estado censitario italiano de comienzos del siglo era «mayoritario» sólo considerado en relación con una participación «virtual» de estratos, grupos aún no movilizados o incluso condicionados especialmente en el Sur agrícola, por relaciones de dependencia difícilmente superables sólo mediante una reforma electoral.

Las minorías trabajadores organizadas no atentaban contra la soberanía del Estado por cuanto lo consideraba un interlocutor capaz de confrontarse con las representaciones de estratos agrupados en el Sindicato. El factor económico era y es preponderante para el Sindicato a pesar de que su organización deja temer en el exterior una *vis cogendi* que está todavía lejos de manifestarse en toda su consistencia. Si el «sector» organizado lograra imponer su voluntad se transformaría *ipso facto* en actor político; en elemento dinámico de la «generalidad». Pero el Sindicato cumpliría menos su papel y sus secuaces no le consentirían este cambio de perspectivas, las cuales, abreviadas, dejan entrever ventajas concretas y a corto plazo.

7. Si, en apariencia, la realidad se ha encargado de dar la razón a Mosca, de hecho ha manifestado cierta resistencia a dejarse lesionar por los grupos movilizados por los Sindicatos. Un ataque externo provoca una reacción in-

---

(4) GAETANO MOSCA: *Scritti sui sindacati*, Bulzoni, Roma, 1974, pág. 83.

terna por lo menos de intensidad igual. El neocapitalismo es una respuesta al sindicalismo, un desafío del mundo de la Empresa al mundo del trabajo. En el enfrentamiento el Sindicato ha sido obligado a revisar sus métodos de intervención y a disponer sus cuadros no sólo para acoger las pretensiones que venían desde abajo, desde la base, sino también las que la sociedad civil le dirige en su conjunto para responsabilizarlo desde lo alto. El fermento al cual ha dado lugar este doble influjo, convergente en la *élite* dirigente del Sindicato, se manifiesta dentro de las grandes centrales sindicales donde aquel sentimiento anarco-individualista de los primeros asociados está destinado a ahogarse. Por eso se han tornado de moda las teorías de la autogestión, desde las de Proudhon y Owen a las de Marx, Bakunin o Lenin. «Por autogestión —escribe Roberto Massari— se entiende un modelo de construcción del socialismo donde los resortes principales del poder y los centros de decisión y de control sobre el mecanismo productivo permanecen en las manos de los productores directos, de los trabajadores democráticamente organizados» (5).

El principio de la autogestión se halla en íntima relación con el principio del poder. El Sindicato, en cuanto se configura como organización de lucha y capaz de inducir la parte contraria (el empresario, público o privado) a soportar sus demandas, no implica necesariamente una crítica radical del sistema. En efecto, en los países capitalistas éste colabora con el capital para dar vida a los programas de desarrollo. Cuando el Sindicato se convierte en portavoz de una alternativa política, su función se inscribe en un vasto proceso de difusión del poder. La autogestión está considerada, por lo tanto, como la instauración de una propiedad social y de una planificación democrática y al mismo tiempo como una negación de la transferencia del poder a una burocracia de partido o a una tecnocracia de sabios... La autogestión opera un corte radical con... concepciones piramidales y abstractas del poder (6).

El Estado representativo, sostiene Mosca, ha nacido en una época en la cual no existía la actual especialización de los varios sectores económicos y como tal era imposible la constitución de órganos intermedios entre los individuos y el poder estatal. El arma de la huelga usada por los Sindicatos de la época paleocapitalista, incidía relativamente en el funcionamiento de los servicios públicos y del complejo de la economía nacional, mientras, por el contrario, en la sociedad moderna ella asume un poder contractual de gran importancia frente al poder contractual del Estado. Pero una vez que el Sindicato haya elaborado una nueva concepción del Estado, también la huelga

(5) ROBERTO MASSARI: *Le teorie dell'autogestione*, Jaca Book, Milán, 1974, pág. 11.

(6) E. MAIRE, F. KRUMNOW y A. DETRAZ: *Sindacato e autogestione*, Jaca Book, Milán, 1974, pág. 28.

acaba por comprometer las decisiones globales del poder político y de la sociedad civil en su conjunto. Para evitar tales disfunciones, Mosca propone dar una forma legal a la acción del Sindicato, pero evitando el ingreso de sus representantes como tales en el Parlamento. Una pura y simple injerencia de los dirigentes sindicales en el Parlamento significaría, según Mosca, conceder un privilegio a los grupos organizados en desventaja de las fuerzas del trabajo libre y no estructural. Mosca escribía a principios del siglo cuando aún eran posibles una actividad artesanal y la dirección privada de pequeñas y medias Empresas. «Si los miembros del Sindicato —decía— además de participar como ciudadanos a la formación de la representación individual, pudiesen enviar al Parlamento sus especiales representantes de clase, se tendría una doble manifestación de la misma fuerza política, la cual con ello seguramente asumiría una preponderancia superior a su importancia numérica y, conviene decirlo también, a su importancia social. Porque mientras de un lado la huelga de una o varias clases de trabajadores podría detener o complicar seriamente la vida económica del país, por otro lado la acción de una Cámara que fuere representación de los Sindicatos tendría en su mano el instrumento legal para detener al mismo tiempo o complicar por lo menos la máquina del Estado» (7).

8. Para evitar que las centrales de trabajadores monopolicen la participación de éstos de un determinado sector, para evitar, en suma, que ellos se conviertan en corporaciones de sello medieval, Mosca sostenía la necesidad de legitimar el pluralismo sindical. La inscripción o la expulsión del Sindicato monopolizador de las categorías de los trabajadores podría condicionar notablemente la libre expresión individual. El trabajador llegaría incluso a respetar los reglamentos y las indicaciones del Sindicato antes que las leyes del Estado. Una vez que el Sindicato hubiese alcanzado aquella forma de concentración burocrática y de decisión, contra la cual ha combatido considerándola una herrumbrosa herencia medieval, les sería fácil a sus *élites* elaborar una *su* política social a negociar o imponer directamente a los órganos de Gobierno.

La concesión de la personalidad jurídica, la aseguración de una multiplicidad de asociaciones sindicales y la obligatoriedad de la inscripción por parte de los trabajadores consentiría, según Mosca, evitar o al menos reducir los riesgos de la deformación del sistema. De este modo no se podría evitar, sin embargo, el peligro de una mayor politización del Sindicato, el cual, pulverizado en sus componentes, intentaría alcanzar cierto prestigio y cierto peso

(7) GABIANO MOSCA, Op. cit., pág. 104.

haciendo suyos los objetivos de otros grupos organizados. Pero el Sindicato contemporáneo se ha desarrollado como fuerza autónoma a menudo no disciplinada por la ley, como es el caso italiano, y alcanzando un peso contractual notable. En fin, su credibilidad ha aumentado como consecuencia del alejamiento del partido político, del cual acaso ha querido transformarse en «conciencia crítica». El Sindicato de nuestros días es más radical en el plano político que el partido. Y a menudo pone en dificultad el partido en cuya ideología se inspira cuando éste intenta poner en práctica lo que con eufemismo se llama Gobierno de coalición. Y es posible que el compromiso alcanzado por los miembros de un complejo gubernativo vaya denunciado por los Sindicatos que se inspiran en las mismas ideologías de los partidos que componen aquel mismo conjunto gubernativo.

Este fenómeno está quizá en la base del sistema de «corrientes» de los partidos, de aquel fraccionamiento interno de las fuerzas que deberían identificarse con una ideología y con una «interpretación» de la misma. El partido de nuestros días es un partido de corrientes. Cada corriente encuentra su fuerza de cohesión en torno a jefes —que no tienen ningún atributo carismático— a los cuales les incumbe hacer de «puente», de mediadores entre las instituciones públicas (el Gobierno, el Parlamento, etc.) y los Sindicatos. Sólo si las grandes centrales sindicales dan su aval a programas sociales elaborados por el Gobierno en sede parlamentaria o informalmente en sede de partido, estos programas pueden ser realizados. El poder de que dispone el Sindicato es evidente, pero no está reglamentado oportunamente. La fragilidad de los Gobiernos de las democracias occidentales es una consecuencia de este fenómeno que podría producir efectos desastrosos.

Para evitar la parálisis social y para evitar sobre todo las contradicciones, las asociaciones sindicales tienden a confluír en las confederaciones, dentro de las cuales es posible elaborar programas de acción unitaria y proyectar hacia el exterior una imagen monolítica del mundo del trabajo. Cuando esta gran concentración de energías se realice, el principio de la participación individual habrá de ser revisado. Habrá que evaluar atentamente si el Sindicato seguirá siendo un órgano espontáneo de identificación de determinados sectores de actividad. Es probable que la aparición de tal concentración de energías signifique una nueva concepción social, un nuevo modelo de vida y, por consiguiente, una nueva forma de Gobierno.

RICCARDO CAMPA

## R É S U M É

*Le développement de la société civile coïncide, dans son aspect pratique, c'est à dire celui du travail organisé, avec l'augmentation et le perfectionnement des instruments techniques qui permettent sa réalisation. La société technologique a libéré l'individu de la responsabilité de délibérer au moyen de la dialectique, car elle lui a conféré des pouvoirs de décision de sens unilatéral, souvent en contraste direct avec ceux de l'autorité politique. C'est à dire qu'il a été poussé en tant qu' homo politicus à s'assurer d'un cadre plus ample, plus organisé et complexe que le cadre social dans lequel il se trouve plongé. Ce fait le conduit à agir par secteur, souvent en dehors du cadre institutionnel dans lequel il trouve sa légitimité et avec lequel il pense s'identifier.*

*Le parcellement du travail et une habile propagande soutenue par les centres de pouvoir économique ont bouleversé les structures formelles, les entités de médiation à travers lesquelles s'exprimait traditionnellement le consensus et se manifestait la mobilité sociale. La diffusion des usages et coutumes, conséquence de la multiplication des instruments de production, a standardisé la vie sociale, l'a rendue uniforme par secteurs, indépendamment des dimensions géographiques et des traditions historiques dans lesquelles elle s'exprime. Les groupes mobilisés se reconnaissent plus par une "philosophie" que par une "économie", par un internationalisme à superstructure qui impose à toute demande l'obligation de juger à l'avance et en perspective ces conquêtes de classe qui sont l'orgueil de toutes les associations de travailleurs. On assiste donc à un phénomène particulier en vertu duquel les classes ont perdu leur caractère d'opposition et leur fonction de stimulant social, pour déléguer aux groupes de travailleurs insérés dans le système la tâche de le définir et de le détruire quant aux modes et temps qui n'ont rien à voir avec les exigences d'ordre national. Ce sont fréquemment les grands événements politiques internationaux, conséquences des décisions adoptées par les grandes puissances dans le sens des systèmes contrôlés par eux (le capitaliste et le communiste), ceux qui déterminent, dans le sein des pays qui gravitent dans les différentes orbites d'influence, le moment et la technique de l'action revendicatrice. Il est normal que ce fait provoque le discrédit des politiques nationales, pour le moins de celles dont la mise en pratique dépend en grande partie de l'aide des grandes puissances.*

*Ce phénomène est en connexion avec le nouveau rôle assumé par le syndicat dans une société où l'assentiment ne s'exprime pas à travers les organes de médiation institutionnelle comme les partis, le parlement, le gouvernement.*

*La crise idéologique consécutive à cet état de choses a déterminé dans la société technocratique la tendance à exaspérer les relations par secteurs; celles-là qui dépendent des technostructures. Finalement, la bureaucratisation dépersonnalise et prive de responsabilité toute la décision individuelle.*

*La bureaucratisation est donc l'aspect le plus évident d'un processus de déformation du consensus politique. La tendance à la syndicalisation enlève sa signification à la participation politique et transforme, ipso facto, le purement et simplement social en terrain de délibération.*

## S U M M A R Y

*The development of civil society coincides in the practical aspect that of organized labour —with the increasing number and improvement of the technical instruments that make it possible. Technological society has freed the individual from the responsibility of deliberating dialectically because it has conferred on him powers of unilateral decision, frequently in direct contradiction to those of political authority. In other words, he has been induced as homo politicus to secure for himself a wider, more organized and more complex pattern than the social one in which he immersed. This fact leads him to act sectorially and often outside the institutional framework to which he is accepted as legitimately belonging and with which he believes himself to be identified.*

*The partition of labour and the maintenance of an able propaganda by the centres of economic power have upset the formal structure —the mediating bodies through which public opinion had traditionally been expressed and social mobility been realized. The spread of ways and customs that have accompanied the multiplication of the instruments of production has standardized social life, establishing uniform patterns for each sector, regardless of the geographical scale and the historical traditions in which this life is inserted. The mobilized groups are more definable in "philosophic" than in "economic" terms, by a superstructural internationalism which imposes on all claimants the obligation to prejudge in perspective those class victories which are the pride of all workers' associations. In other words, we are in the presence of a special phenomenon by virtue of which the different classes have lost their oppositional character and their rôle as social stimulators and instead delegate the task of defining the system and destroying it to groups of workers within it, and this in accordance with guidelines and time-schedules that have little or nothing to do with national needs as such. Frequently it is important international political events resulting from decisions*

*adopted by the great powers to further the (capitalist or communist) system controlled by them that determine the moment chosen and the technique employed by the different countries, according to their respective areas of influence, to press their claims. Naturally this discredits national policies, or at least those whose implementation depends largely on the help of the great powers.*

*This phenomenon is connected with the new rôle of the unions in a society where consent is not expressed through institutional mediating bodies like parties, parliament and government.*

*The ideological crisis which follows upon this state of affairs, has, in a technocratic society, tended to cause friction between those sectors which are dependent upon the technostructures. In short, bureaucratization depersonalizes the technostructures. In short, bureaucratization depersonalizes the individual and deprives him of all responsibility for decision-making.*

*Bureaucratization is, then, the most evident aspect of a deformation of the political consensus. The growing trend towards unionization is rendering political participation meaningless and, ipso facto, converting the purely and simply social into a matter for debate.*